

OBJETOS VIAJEROS E IMÁGENES ESPACIALES: LAS RELACIONES DE INTERCAMBIO Y LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO SOCIAL

*Marisa Lazzari**

Dos conceptos raramente relacionados: intercambio y espacio

En Antropología, el “descubrimiento” del don (Mauss 1925) significó reconocer que las personas intercambian cosas que no son necesarias desde el punto de vista de la subsistencia básica, y en consecuencia, explorar los principios por los cuales la gente necesita intercambiar ha sido una búsqueda de importancia central desde entonces. La respuesta ha sido a menudo que la gente necesita llevar una vida socialmente integrada, y que estas transacciones ayudan a la integración (Strathern 1992:169). Sin embargo, la teoría de intercambio ha sido reconfigurada en Antropología, focalizando el debate en las ambigüedades y heterogeneidades en el intercambio más que en los aspectos normativos u homogéneos (Weiner 1992:17). Siguiendo esta línea, explorar si la integración social está en las raíces de las relaciones de intercambio requiere la reevaluación de algunos conceptos, tales como intercambio, espacio, valor y reciprocidad.

Por otra parte, las sociedades raramente pueden ser reducidas a una sola estructura espacial (Gregory 1989). Los seres humanos construyen sus redes personales de relaciones sociales, y la cultura material es un campo poderoso de negociación de valores personales y sociales. Como consecuencia de esto, una variedad de redes flexibles puede ser esperada, algunas relacionadas con la legitimación de relaciones de poder, otras con la construcción de identidades personales, otras con la resistencia. Estas redes crean una serie de imágenes espaciales que a su turno se vuelven de importancia

central para la reproducción de valores individuales y comunales. El espacio, entonces, no puede ser reducido ni al dominio físico ni al cognitivo. El espacio es el resultado de ambos dominios, a la vez que participa activamente en la estructuración de los mismos. Las escalas espaciales entonces, no son neutrales sino que están construidas socialmente y de este modo, son centrales en el proceso de creación de valores y su reproducción.

En mi perspectiva, el intercambio de bienes puede ser visto como una práctica de dos caras, donde el trabajo y la reproducción social – y la construcción de identidades – pueden fundirse. Al mismo tiempo, es una manera mediante la cual tanto los individuos como las sociedades pueden construir enormes escalas espaciales, materializando la presencia de lugares y personas lejanas no disponibles en la interacción cotidiana y expandiendo así sus límites espaciotemporales. Así, el intercambio de bienes resulta muy útil para ver al espacio, no como un abismo que hay que sobreponer, sino como algo intencionalmente manipulado que al mismo tiempo construye a las sociedades y a los individuos. El espacio puede ser visto como construido a través de la circulación de cultura material, a la vez que con un rol activo en la conformación de estas redes de circulación. Por lo tanto, podemos preguntarnos: ¿cuáles fueron las intenciones al establecer conexiones a larga distancia? ¿qué tipo de imágenes de sí misma construye una sociedad a través de la manipulación de estas imágenes? ¿pueden estas distribuciones de cultura material ser vistas como un lenguaje espacial de poder?

La creación del valor y la reproducción social: intercambio, espacio y conflicto

¿Qué hace que algo tenga valor de intercambio? Lo más común es considerar a la distancia

(*)CONICET- Instituto de Cs. Antropológicas, Sección Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

geográfica como fuente de valor para un objeto de intercambio. Cuanto más lejano su origen, más exótico se lo considera y así mayor es su valor de intercambio en función del rol que éste puede llegar a tener a nivel interno en un grupo. El trabajo invertido en su producción u obtención suele ser otra medida, dado que a mayor inversión de energía para obtener o producir un determinado bien, se supone que mayor es su costo y por lo tanto, mayor es su valor. En perspectivas marxistas incluso se mantiene este criterio dado que es la igualdad en la mano de obra empleada en la producción de los bienes lo que vuelve a los objetos intercambiables. Sin embargo, a diferencia de posturas económicas neoclásicas, todos los términos económicos están entrelazados con las relaciones sociales de producción (Miller y Tilley 1984).

Tanto a través del movimiento de objetos que crea, como por medio de los objetos o conocimientos foráneos que obtiene a cambio de sus productos, el trabajo se entrelaza con otros paisajes sociales más allá de lo local. Aún en intercambios ceremoniales estrictos, el proceso de trabajo está presente, dado que en estos los objetos materiales son exhibidos como la objetificación del rendimiento natural de la mano de obra de los distintos sectores (Battaglia 1990). A pesar de que en economías no capitalistas la equivalencia abstracta de mano de obra no es transformada en dinero, los procesos generales de trabajo – mucho más que la división de tareas –¹ están involucrados en la generación de valor. Sin embargo, deberíamos recordar aquí que lo que es considerado una cantidad “equivalente” de mano de obra utilizada no es fácilmente reducible a las inversiones de tiempo o energía. La equivalencia de los objetos intercambiables puede implicar ciertas consideraciones del trabajo involucrado o los esfuerzos realizados para obtenerlos como la tasa mínima posible de inter-

cambio, pero como todos los casos etnográficos muestran, es la necesidad social la que determina su rareza y juega un rol central en definir el valor de un objeto determinado (Godelier 1977:149, 1981).

Pero ¿cuál es el rol del espacio en la reproducción social?² Las relaciones sociales tienen una doble dimensión: forman espacios a la vez que dependen de los espacios para reproducirse, por lo que las sociedades son los agentes creadores de sus propias imágenes espaciales. Este proceso está en el corazón de la creación de valor, así como también es central en las tensiones acarreadas por los valores sociales en competencia. Esto sugiere que la distancia física es un tema clave, ya que como toda dimensión espacial, es construida con un propósito (Helms 1988), el cual puede ser muy distinto de su rol resultante. Las distancias no son un abismo que hay que superar, un costo a minimizar exclusivamente, sino un recurso de autoridad creado para ser disputado (Gregory 1989).

Los objetos exóticos suelen ser considerados como contenedores de poder y de símbolos de las regiones distantes sólo controladas por aquellos que las conocen. Los especialistas político-religiosos, tienden a estar interesados en y mejor informados sobre estos mundos más allá de sus tierras de origen, y suelen buscar evidencias tangibles de estas asociaciones (Helms 1988:164). Abarcando desde artesanías y animales o seres humanos hasta técnicas, habilidades o conocimiento, estas evidencias tangibles pueden presentarse en una gran variedad de formas. El problema es ¿puede la distancia ser siempre considerada como una medida del poder? ¿Podemos asumir cada vez que encontramos objetos “exóticos” que éstos tuvieron este rol en el pasado? ¿Todos los objetos exóticos significaron lo mismo en la vida cotidiana de una sociedad? Además de los problemas que surgen de cómo definir qué es exótico (ver Gamble 1993), hay otros que derivan del supuesto de que la distancia es un costo a minimizar a través de las redes de intercambio (para maximizar beneficios

(1) El trabajo puede ser entendido en dos niveles: 1) el trabajo específico para la producción de un objeto y 2) el trabajo abstracto, el trabajo en general que ha sido necesario para que ese objeto exista, es decir el trabajo socialmente necesario. Esto puede entenderse como el tiempo de trabajo socialmente necesario, pero además, como todas las relaciones sociales involucradas en este proceso (Miller y Tilley 1984). Por otra parte, el proceso general de trabajo puede dividirse en aquel que involucra la producción y apropiación del excedente, y aquel que no involucra excedentes. Ambos existen en toda sociedad (Saitta 1989).

(2) A la hora de pensar en la reproducción social o comunal, debemos tener presente un punto fundamental a fin de evitar el problema de la teleología: las sociedades no tienen intenciones en sí mismas y a pesar de que los agentes no tienen la posibilidad de controlar las consecuencias no intencionales de la acción, sólo los agentes humanos tienen intenciones (Giddens 1979).

políticos esta vez). El punto no es negar esto, pero tomarlo como una entre las tantas posibilidades y estar así abiertos al hecho de que los objetos exóticos pueden ser usados para negociar muchas relaciones diferentes en distintas redes de interacción social.

Cualquiera de estas “medidas” no debería ignorar que el valor de algo no es una medida objetiva y universal, sino que se construye en relación a procesos de reproducción social particulares. En estudios antropológicos, la reproducción de una comunidad ha sido considerada al enmarcar el intercambio de dones en un marco más amplio de intercambios: de comida, de objetos cotidianos, de alianzas, matrimonios, incluso de la vida y de la muerte (Battaglia 1990, 1994; Godelier 1977; Helms 1988; Humphrey y Hugh-Jones 1989; Munn 1992; Strathern 1992; Weiner 1992). Las comunidades crean los valores que contemplan como esenciales para su viabilidad como tal. Este es un proceso dialéctico ya que supone un aspecto positivo de creación de valores (vistos como “positivos”), además de un intento de controlar lo que la comunidad piensa que socava dicho valor o define como no podría realizarse (valores negativos) (Munn 1992). Consecuentemente, cada relación es una manera de recordar qué podría arruinarla, cómo podría dejar de funcionar. De esta manera, la circulación de dones está inmersa en y crea un sistema intrincado de tiempo-espacio-persona (Munn 1992: 3). Esta perspectiva implica agregar una nueva dimensión al análisis del intercambio: los intercambios materiales no deberían ser vistos como apartados de otros intercambios. Sin embargo, aunque diferentes prácticas sociales (intercambios) pueden ser parte del mismo sistema simbólico, la tensión que pueda existir entre ellas en términos de las demandas que éstas plantean sobre los procesos de trabajo, nos permite pensar en la posibilidad de que redes sociales diferentes en competencia coexistían. Esto da lugar para algo que no suele ser considerado en los estudios etnográficos, que es la tensión en términos de *resistencia*. Los conflictos pueden ser resueltos por medio de la construcción de un “todo” simbólico, sin embargo, podemos usar la perspectiva temporal de la arqueología para comprender los cambios en estas resoluciones simbólicas de las tensiones sociales y su legitimidad. Así, los intercambios deberían ser vistos como parte fundamental de la constitución tanto de las personas como de las sociedades, dado que participan en la creación del

valor que estos consideran esenciales para la reproducción social. En la dialéctica de la creación del valor, cada relación establecida que implica una circulación de objetos también es una manera de recordar cómo podría no resultar bien, dado que implica una serie de supuestos sobre su funcionamiento adecuado y significación, los cuales son compartidos por aquellos que participan en el intercambio.

Cualquier *acto*³ tiene un determinado valor, el cual se manifiesta a través de sus capacidades esenciales o consecuencias posibles. El valor puede ser medido como la capacidad relativa de un acto de expandir el espacio-tiempo de una relación “yo-otro” formada en y a través de prácticas sociales (el espacio-tiempo intersubjetivo).⁴ En consecuencia, cada acto o práctica tiene un nivel de *potencialidad*, dado que el espacio-tiempo que forma tiene capacidades expansivas relativas (Munn 1992:6-9). Dicho nivel de potencialidad, implica la capacidad de desarrollar las relaciones espaciotemporales que van más allá de sí mismo, y así, expandir el control espaciotemporal de un actor. La *potencialidad* entonces, refiere a la capacidad de ciertas prácticas de crear un presente que se experimenta como implicando un acto deseado o retorno posterior (Munn 1992: 11).

Los intercambios de larga distancia crean un intrincado sistema de tiempo-espacio-persona, por lo que constituyen prácticas de alto nivel de potencialidad de importancia central para la producción de valores sociales (Munn 1992: 3). Estos intercambios crean mayores extensiones personales que los intercambios intra-comunales. En este contexto, la circulación de cultura material no crea tan sólo senderos o rutas que expanden el espacio

(3) Un *acto* es la operación de un agente que tiene el potencial de rendir ciertos resultados.

(4) Formas significantes o cargadas de sentido son creadas por los agentes en el proceso de ser construidos en los términos establecidos a su vez por estas formas. En consecuencia, el significado es relacional y está implicado en todas las prácticas sociales. El valor de un *acto* determinado puede ser visto como las capacidades esenciales del mismo o las consecuencias claves posibles que éste pueda producir. Implica una dimensión más profunda de significado cultural, el cual está implicado en los actos y productos que tienen valor (value products). Así, tanto la naturaleza del valor como su forma particular no pueden ser asumidas, dado que ambas son inducidas por el material cultural (Munn 1992).

y el tiempo personal y social, sino que también los objetos se convierten en artefactos especialmente únicos, al desarrollar propiedades históricas que los hacen recordables incluso mucho tiempo después de haber dejado de circular (*memorability*) (Munn 1992: 12, Weiner 1992). La cultura material en estos intercambios es el medio que corporiza una serie de cualidades que son consideradas como significantes de extensión espaciotemporal. A través de las mismas, un actor produce un grado determinado de extensión espaciotemporal de sí mismo, y de esta manera, produce su propio valor. El nivel de valor de un individuo en términos de los retornos recíprocos potenciales que pueda obtener en el futuro, se expresa en términos de un producto de valor, que puede ser fama o cualquier otra forma de reconocimiento social. En este proceso, la comunidad o grupo social al que pertenece adquiere valor – y posee un rol en la circulación regional de bienes – a través de sus miembros renombrados o prestigiosos (Munn 1992). A través de la capacidad de ser recordados (*memorability*), y los objetos materiales que la corporizan, la extensión temporal es posible y la *presencia* de otra gente y otros lugares se vuelve disponible. Otros mundos, otros valores, se enredan de esta manera en la vida cotidiana y en consecuencia, rutinizan cualquier reclamo que puedan ayudar a sostener, ya sea comunal, individual o sectario. Podríamos decir entonces, que la cultura material puede ayudar a dibujar representaciones espaciales, mapas mentales del universo al cual una persona pertenece o del cual está excluida.

La distancia física es tan sólo otra forma de espacio, y su construcción y percepción estarán relacionadas directamente con la construcción de espacios de menor escala, más cotidianos. Los espacios cotidianos están relacionados con las prácticas rutinarias, y es en estos espacios cotidianos, en la interacción cotidiana, donde los intercambios ocurren (Barrett 1989). Podríamos argumentar entonces que los intercambios están entremezclados con las prácticas de trabajo y su forma y lugar dependen de los senderos o caminos rutinarios de distintos agentes.

Así, estas dimensiones no son separables de las instalaciones concretas de poder en el espacio, su materialidad, pero tampoco son meros reflejos de las mismas: por el contrario estas dimensiones, más cognitivas si se quiere, también ayudan a construir el distanciamiento espaciotemporal de la vida

social (Gregory 1989:206; Soja 1989, 1997). Esto significa que las demandas que se establecen sobre los procesos de trabajo de una sociedad pueden venir de diversos lugares o cadenas de autoridad. Esto puede ser particularmente conflictivo cuando el proceso de trabajo no está tan diversificado como en las sociedades occidentales de hoy en día. La espacialidad (la estructuración espaciotemporal de la vida social) está entremezclada con la espacialidad de los procesos de trabajo, la cual provee a la primera de su materialidad (Soja 1989). La espacialidad entonces, en un sentido general, se constituye tanto a través de las pequeñas tácticas de la vida cotidiana como por medio de las estrategias políticas mayores. Al ser la arena conflictiva que constituye a la vez que es consecuencia de la acción social, la espacialidad puede desarrollar diferentes formas y niveles. Concentrándonos en el espacio creado de la organización social y la producción podemos descubrir las relaciones sociales que están tanto inscritas en él como constituidas a través de sus formas variadas y producciones (Soja 1997).

El proceso de expansión del espacio-tiempo intersubjetivo⁵ mencionado anteriormente implica un proceso de jerarquización. El desarrollo de diferentes extensiones espaciotemporales, implica diferentes niveles espaciotemporales de *control*, y estos niveles son categorías *relativas*: el control espaciotemporal que un actor puede ejercer es siempre mayor y/o menor que el que puede ejercer otra persona (Munn 1992). Los intercambios, y los espacios-tiempos intersubjetivos que son creados a partir de ellos, intentan mediar las tensiones creadas por principios antitéticos, tales como los principios de autonomía individual y los de inclusión social. En relación a esto, diferentes prácticas serán consideradas como poseedoras de valores positivos o negativos, según los supuestos sociales sobre el tipo de relaciones de poder que son posibles y aceptables para la sociedad (Munn 1992:19-20). Esto puede ser considerado como un conjunto particular de redes, resultante en un modo de *dominación*⁶ (*sensu* Bourdieu 1994) particular.

(5) "Intersubjetivo" se usa en el sentido de la creación mutua de los actores a través de su interacción y la evaluación mutua involucrada en la relación (Munn 1992).

(6) Para Bourdieu, la dominación no es el efecto directo y simple de las acciones de un grupo de gente con poderes coercitivos, sino el efecto indirecto de un grupo complejo

Otra clase de principios antitéticos (o eje de contradicción, Giddens 1984) podría ser aquella de jerarquía/igualdad, la cual además de ser una contradicción estructural de una sociedad, puede ser el punto alrededor del cual se produzca el *conflicto social*⁷ (ya sea latente o manifiesto, sin que implique necesariamente guerra o lucha armada). Cada red de interacción, junto a las cadenas de autoridad asociadas a éstas y cada juego de principios contradictorios podrían ser descriptas también como un *campo*. Un *campo* es un espacio social entendido tanto como un juego de fuerzas que se imponen a aquellos involucrados en él, como una serie de luchas en las cuales los agentes se encuentran, cada uno con diferentes significados y objetivos según su posición en el campo por lo que contribuirán a reproducir o a subvertir las estructuras sociales (Bourdieu 1994:55, mi traducción).

Retomando el punto inicial de esta sección, podríamos decir que todos los intercambios tienen una dimensión de intercambio de dones,⁸ dado que ninguna medición de valor ocurre en un contexto vacío de significado social. No hay manera posible de establecer el valor de intercambio de algo fuera de la relación involucrada. La evaluación es más cualitativa que

cuantitativa y absoluta. La causa del intercambio yace en la deuda establecida con anterioridad, y la vida política consiste en personas forzando a otros a ser la causa de la propia acción (Strathern 1992:180). En este proceso, tanto las cosas como las personas son creadas, dado que una persona será visible socialmente a través de los efectos que provoque en otras personas (Strathern 1992). Más aún, incluso en el intercambio de artículos de trueque, la aparente igualdad de los socios no es más que el acuerdo formal de intercambiar (Humphrey y Hugh-Jones 1989, Liep 1990, Strathern 1992), dado que la coerción ejercida a fin de comprometer al otro en el intercambio es parte constitutiva del proceso en progreso. Por otra parte, todos los intercambios tienen también una dimensión de intercambio de mercancías, al ser muchas veces el interés personal en el juego político el motor de los mismos (Bourdieu 1977, 1994; Appadurai 1986).

Lo que agrega valor a un objeto, producto o servicio, no es tan sólo la distancia de origen en sí misma. Más bien, es el ser adquirido a través de determinados canales de intercambio – cualquiera sea su naturaleza – lo que les confiere valor. Como mencioné al comienzo de esta sección, un hecho que sostiene esto es la muy bien documentada costumbre de buscar a través del trueque bienes que están disponibles localmente (McBryde 1989, Tacon 1991, Godelier 1977). El objeto exótico importado es valorado porque está inserto en un modo transaccional (trueque, intercambio de mercancías, o cualquier otro tipo) el cual está valorado *positivamente*, y de este modo da valor a los bienes involucrados (Gell 1992:148). Los objetos no tienen valor social hasta que entran en estrategias de reproducción social (Barrett 1989). Más aún, como Bourdieu destacó (1977: 64): ‘the homogeneity of the production of habitus produces a homogenisation of dispositions and interests that far from excluding competition engenders it by inclining those who are the product of the same conditions of production to pursue the same goods, *whose rarity may arise entirely from their competition*’ (énfasis mío).

En los estudios de intercambio, tanto arqueológicos como antropológicos, la medida del valor de un objeto en ausencia de dinero suelen ser consideraciones abstractas del trabajo o tiempo invertido en la producción u obtención de un objeto (Strathern 1992) mientras que la reciprocidad suele ser tomada como la regla natural que ordena todos los intercambios no monetarios. En relación a esto y a partir de lo expuesto hasta ahora, podríamos

de acciones las cuales son generadas por las restricciones cruzadas de los dominantes, quienes de esta manera están a su vez dominados por la estructura del campo a través del cual la dominación es ejercida (1994:57, traducción de la autora).

(7) Giddens (1979,1984) diferencia contradicción de conflicto social: la primera implica la existencia de dos principios estructurantes opuestos en un sistema social, los cuales dependen entre sí y se niegan mutuamente a la vez. Las sociedades están estructuradas en contradicción involucrando la fusión y exclusión de opuestos. El segundo se refiere al control de los recursos de asignación y los de autoridad y puede ser tanto la oposición de intereses respecto de esto (latente o manifiesta) como la lucha activa. Es importante destacar que “manifiesta” no implica necesariamente guerra o conflicto armado. Lo importante es que sin ser lo mismo, “contradicción” y “conflicto” están muy cercanos, dado que los conflictos de intereses y las luchas activas se agrupan en torno de las intersecciones de las contradicciones en la reproducción social (1984: 232-233).

(8) C.Gregory (1982: 8-9) ha definido al intercambio de dones (“gifts”) como intercambios de bienes inalienables entre no-extraños, estableciendo relaciones personales cualitativas entre las personas que participan en la transacción. El intercambio de mercancías o (“commodities”), por el contrario, es un intercambio de bienes alienables entre extraños estableciendo relaciones cuantitativas entre los objetos que participan de la transacción.

aseverar que: 1) la existencia de una medida objetiva – al menos aparentemente – de valor es un producto histórico propio de sistemas sociales particulares como el capitalista por lo que no deberíamos buscar equivalentes en la naturaleza para estudiar intercambios no monetarios de otras sociedades; y 2) la reciprocidad nunca es una regla en el sentido de un plan de acción seguido conscientemente, así como tampoco es un molde universal que da forma y cohesión a las sociedades humanas, como una suerte de pegamento social. Siguiendo a Weiner la reciprocidad es “...an unbounded arena where combative forces are subtly or aggressively engaged” (1992: 41). El intercambio de bienes es mejor comprendido como compuesto por diferentes niveles, un laberinto de juegos y estrategias, las cuales deben ser constantemente construidas a través del tiempo por los actores y cuyos pasos y cambios no deben ser perdidos de vista por ellos. Tanto la “jerarquía” como la “diferencia”, más que la “igualdad” y la “cohesión” son los principios estructurantes de las redes de intercambio. Los intercambios materiales son negaciones corporizadas de la estabilidad social, puesto que el riesgo de que fallen está siempre presente (Battaglia 1994: 641, Bourdieu 1977, Strathern 1992, Weiner 1992).

Uniendo todos estos aspectos, podríamos postular que la circulación de cultura material puede crear *imágenes espaciales* muy amplias de una sociedad, por lo que me refiero a *la estructuración de un paisaje social de exclusión y/o pertenencia, un universo relacional que se aprende a través de la experiencia directa con aquella cultura material que pueda “extender” el espacio-tiempo personal y social*. Las imágenes espaciales son múltiples redes socioespaciales de poder que se entrecruzan y se superponen, las cuales deberían ser analizadas en términos de “discurso y representación de relaciones de poder” (Battaglia 1994) que además deberían integrarse con los aspectos materiales de las relaciones de poder: los procesos de trabajo. Es esperable que la circulación de diferentes clases de materiales creen diferentes imágenes espaciales, las cuales pueden por supuesto ser contradictorias.

La interacción social en el noroeste argentino durante el período Formativo

La consideración de la geografía y la ecología ha sido siempre fundamental en los estudios ar-

queológicos y antropológicos andinos. Desde luego, esta región demanda una racionalidad económica particular (Golte 1980, Salomon 1985). Las comunidades andinas suelen usar diferentes ambientes ecológicos en distintas altitudes o pisos por medio de la residencia dispersa, lo cual implica la ventaja de poder complementar los ciclos productivos de diversos artículos básicos con un incremento de la productividad a largo plazo (Golte 1980) (por ejemplo, Fig. 1). Se suele aceptar que estos esfuerzos están orientados a alcanzar la autosuficiencia comunal, el “ideal Andino” por excelencia, encarnado en este sistema vertical mediante el cual cada grupo étnico explota directamente un máximo de pisos ecológicos (Murra 1975). Dicho ideal es considerado el responsable de larga estabilidad observada en las estrategias económicas y sociales del área andina. A pesar de la consideración de los aspectos políticos, las sociedades andinas suelen ser vistas como totalidades cohesionadas y el uso de los pisos como adaptaciones en beneficio de toda la comunidad. Sin embargo, y como algunos críticos de este modelo señalan, el establecimiento de islas de explotación de recursos alejadas de los núcleos poblacionales principales obedeció muchas veces a intereses sectarios de la élite dominante (Van Buren 1996). Particularmente la visión de que estos “archipiélagos verticales” reflejan adaptaciones estables con tradiciones culturales persistentes subyacentes, ha obscurecido la variabilidad de las sociedades andinas y las fuentes de tensiones dentro de ellas (Van Buren 1996). Por ejemplo, en estos modelos el intercambio de bienes sólo se considera como tal cuando involucra a miembros de diferentes grupos étnicos y suele tener un lugar inexistente en los mismos dado que el interés es precisamente demostrar que el mismo no fue una práctica común en los Andes (*contra* Browman 1980, 1984).

En la región surandina, esta autosuficiencia económica se cree que fue alcanzada por una combinación de ambas estrategias: el control directo de pisos ecológicos y los intercambios a cargo de caravanas. Las variaciones en el énfasis entre estas estrategias suelen ser adjudicadas al tiempo y los cambios en la organización social (ver Albeck 1994). En cuanto a las caravanas, se cree que las mismas eran formadas por sociedades de economía pastoril que circulaban a lo largo de vectores que comunicaban la Puna, los valles, la costa del Pacífico y la selva tropical (Dillehay y Núñez 1988: 611).

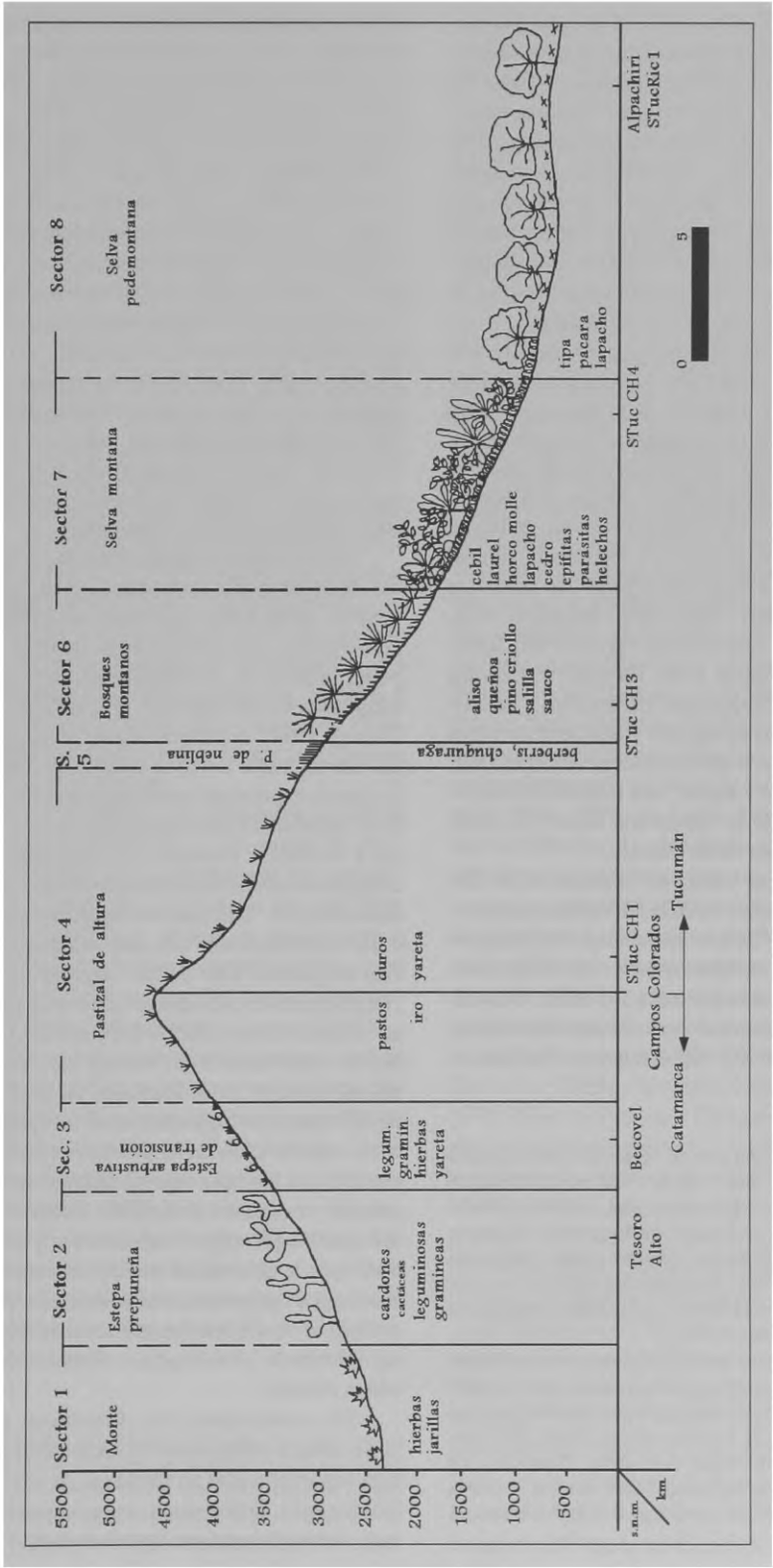


Fig.1 – Distribución de los recursos naturales en distintas fajas altitudinales (Sierra de Aconquija, Tucumán). Tomado de Scattolin y Korstanje 1994: 195.

Esto es considerado el motor de la integración económica y la armonía política al movilizar los recursos productivos entre diferentes áreas (*ibid*: 604, 620). Estos autores entienden a la “armonía social” como ausencia de evidencia de conflictos violentos o guerra en el registro arqueológico. El conflicto social y las relaciones de poder en el sentido discutido en la sección anterior están claramente ausentes en esta explicación donde la norma de reciprocidad parece ser más que nunca una suerte de pegamento que provee de cohesión social.

El período Formativo en el Noroeste Argentino⁹ (ca. 600 aC - 900/1000 AD) es generalmente caracterizado como aquel donde grupos igualitarios segmentarios vivían en pequeñas aldeas sedentarias agrícolas o ganaderas con bajos niveles de jerarquía y manteniendo una dinámica interacción social, siempre simétrica y orientada a la obtención de bienes exóticos y a complementar la subsistencia, la cual sin embargo es vista como básicamente autosuficiente (Berberían y Nielsen 1988; Núñez Regueiro 1974; Núñez Regueiro y Tartusi 1993; Olivera 1988; Raffino 1977, 1991; Scattolin 1990; Tarragó 1993; *contra* Gero y Scattolin 1995). Aquí me referiré a las evidencias encontradas en algunos sitios característicos de este período, con la idea de discutir el modelo asumido de Formativo y sugerir una manera alternativa de consideración de la interacción social y el intercambio de bienes en dicho período.

Hay evidencias claras de circulación de distintas clases de bienes entre las diversas áreas ecológicas del NOA¹⁰ desde momentos muy tempranos. Por ejemplo, productos específicos de la selva Argentina han sido encontrados desde momentos anteriores al Formativo en los valles semiáridos y en la Puna (Aschero 1979, Aschero y Yacobaccio

1994, Fernández Dístel 1974), así como también en Chile, particularmente en San Pedro y el valle del Loa (Berenguer y Dauelsberg 1993, Muñoz 1993). Asimismo, estilos cerámicos del NOA se han encontrado con amplias dispersiones, incluyendo también áreas de Chile. Esto concluyó en muchas ocasiones en la asociación de estilos cerámicos y tipos de patrón de asentamiento con áreas geográficas y ecológicas específicas. Las similitudes y los límites observados en estas distribuciones dieron lugar a la confección de esferas o áreas estilístico-culturales (*contra* Quiroga 1995, Ventura 1991). En este marco, el rol de los materiales líticos tales como la obsidiana en las estrategias de interacción social ha tenido un espacio reducido. La consideración de materiales distintos de la cerámica o los metales se ha limitado a algunos bienes orgánicos cuyo origen pudiese ser rastreado.

Aún cuando la mayor parte de los investigadores reconoce que la demanda de gran parte de estos recursos pudo haber provenido del ámbito simbólico/religioso, y que los factores sociales jugaron un papel central en la redefinición constante de las estrategias de reproducción (Pérez Gollán 1994: 36, Tarragó 1994), es común asignar un papel de principio estructurante de las relaciones de intercambio a la complementariedad económica establecida a partir de la distribución diferencial de recursos, lo cual explica en última instancia a la demanda social. La complementariedad económica es vista como algo que alimenta a los “intercambios superestructurales”, los cuales se realizan sólo si la autosuficiencia económica está asegurada. Uno de los mayores problemas de esta perspectiva, es la idea de que lo económico puede ser separado de lo político o lo simbólico. Otro problema, es que el espacio parece ser tan sólo el escenario, así como el factor limitante, de la acción humana. El espacio es aquí una fuente de valor, pero sólo como una función de la distancia entendida como abismo que hay que superar cuando se buscan objetos de prestigio no disponibles localmente. Es más, el espacio aquí surge como un principio ordenador, dado que la diversidad ecológica impone la necesidad de complementariedad económica. Así, el intercambio es visto como un mecanismo regulador que equilibraba la subsistencia y alimentaba las actividades rituales.

En consecuencia, las diferencias observadas en la cultura material de las sociedades del Formativo son explicadas en términos de adaptaciones a los distintos ambientes y especialización, lo cual trajo autosuficiencia en la subsistencia. Por el con-

(9) En la periodificación del NO Argentino, el Formativo sucede al Período Arcaico (el período experimental de domesticación de vegetales y camélidos, ca. 800-1800 aC), y precede al Período de Desarrollos Regionales (jefaturas con territorios bien definidos, construcciones fortificadas y asentamientos de alta concentración edilicia, etc. ca. 1000-1436). Después de este último, los Inkas conquistaron el área (Núñez Regueiro 1974).

(10) El NO de Argentina ha sido dividido en tres sub-áreas geográficas distintas: la Puna o tierras altas áridas, la ‘valliserrana’ (valles y sierras) y las selvas occidentales (las cuales están ubicadas en el lado este de los Andes). Incluyen las provincias de Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán y La Rioja. Cuando se habla de Andes Centro-Sur, se refiere al S de Perú, N de Chile, NO Argentina y S de Bolivia (González 1975).

trario, las similitudes suelen ser interpretadas como la consecuencia de la búsqueda de bienes de prestigio y de subsistencia no disponibles localmente.

Ubicar a las sociedades en las intersecciones de las historias locales y las historias más amplias ha sido siempre una tarea difícil (Roseberry 1989). Es cierto que existe una disponibilidad diferencial de recursos que plantea la necesidad de mecanismos especiales para su obtención. Sin embargo, la consideración de las historias locales en el marco del área surandina se complica aún más si consideramos a la vida social como un mero reflejo del “orden” impuesto por la naturaleza. Superar esta visión implicaría la consideración más detallada de las relaciones de poder y la dominación¹¹ como construidas y desafiadas activamente.

Incluir otros materiales podría iluminar distintos aspectos de las relaciones de intercambio en el Formativo del NOA. Por ejemplo, las distribuciones de obsidiana posiblemente muestren la existencia de un Formativo distinto, uno que incluso podría ser distinto de aquel que ya conocemos a partir del estudio de estilos cerámicos, metales y patrones de asentamiento. Estos diversos “Formativos” pueden darnos todos juntos una imagen más compleja del período.

Las investigaciones más recientes muestran que el patrón de adquisición y circulación de obsidiana podría haber sido extremadamente complicado. Hasta el momento, distintas áreas del NOA estaban involucradas en el uso de por lo menos cuatro fuentes de aprovisionamiento diferentes, no siendo éstas en algunos casos las fuentes más cercanas a los sitios (Yacobaccio y Lazzari 1995).

Más aún, estudios recientes muestran que la distribución de estilos cerámicos pudo haber sido bastante más flexible y entremezclada que lo que se pensaba hasta el momento. En Yutopían (Valle del Cajón), por ejemplo, aparecen en los mismos contextos algunos estilos usualmente considerados como parte de áreas culturales distintas, junto con evidencias de trabajo de metales y obsidiana (no local) en unidades domésticas que aparecen separadas del resto (Gero y Scattolin 1994, 1995).

Esto provee una imagen alternativa a la que surge desde el análisis de las evidencias de otras áreas, donde la obsidiana, las valvas marinas, los metales y los distintos estilos cerámicos tienen contextos de ocurrencia separados o incluso no se encuentran entre las evidencias recuperadas, por ejemplo en los casos de Loma Alta (Falda del Aconquija), Alamito (Campo del Pucará), el valle de Hualfin, Laguna Blanca (Puna) (Lazzari 1997). En el caso particular de Loma Alta (Fig. 2), mientras el patrón de asentamiento plantea similitudes con los valles húmedos orientales y la cerámica plantea en mayor medida similitudes con el valle de Hualfín al occidente (Scattolin 1990), las obsidianas y las cuentas de valvas marinas plantean claras relaciones de mayor escala espacial hacia el occidente, la Puna y el Pacífico (Lazzari 1998). En este caso, esta relación con la Puna no obedecería estrictamente a una necesidad subyacente de pastoreo de camélidos, ya que la sierra de Aconquija ofrece condiciones aceptables para dicha actividad en altitudes mayores a aquella donde se encuentran los sitios de residencia. Otro punto de interés es que, mientras en Yutopían estas distintas clases de evidencia aparecen en un mismo contexto – una unidad habitacional separada del resto del sitio – (Gero y Scattolin 1994, 1995), en Loma Alta aparecen en contextos distintos: la obsidiana aparece solo en las habitaciones, mientras que las cuentas de valvas marinas aparecen en algunas habitaciones y en tumbas. En otros casos, como sitios en los que se supone la existencia de arquitectura ceremonial como Alamito o Tafí, la presencia de objetos no locales, particularmente de la obsidiana, es prácticamente nula (Berberían y Nielsen 1988, Cremonte 1996, González y Núñez Regueiro 1960, Núñez Regueiro 1971, Núñez Regueiro y Tartusi 1993). Esto podría evidenciar una tendencia a privilegiar los contextos donde ocurre la acción pública sobre los objetos en sí mismos a la hora de ejercer el control social (Lazzari 1997). Si agregamos a esto los hallazgos de estilos cerámicos de alta calidad asociados al tráfico caravanero y el consumo de alucinógenos como la cerámica Vaquerías o el estilo Condorhuasi polícromo que aparentan tener contextos específicos y limitados de ocurrencia (Korstanje 1995, González y Baldini 1989, Núñez Regueiro y Tartusi 1993), el patrón se complejiza aún más. Estos casos pueden permitirnos pensar en redes de circulación de objetos mucho más flexibles y complicadas en el Formativo del NOA, sujetas a la consti-

(11) Para Giddens “dominación” refiere a las asimetrías estructuradas en los recursos - de asignación y de autoridad - usados y reconstituidos en las relaciones de poder (1984: 50). En este punto, adhiero también a la concepción de dominación de Bourdieu 1994, nota 5.

tución y reproducción de diferentes lazos. Cuando miramos las evidencias provenientes de este período, la sensación es que en cada sitio el tiempo-espacio debe haber sido extendido en cada dirección posible a través de la cultura material. Las imágenes espaciales que ésta dibujó, los senderos que marcó, parecen haber sido múltiples redes que se entrecruzaban y se superponían, algo más de acuerdo con la idea de interacción social y circulación de objetos expuesta anteriormente.

El patrón de circulación de bienes observado es lo suficientemente complejo como para pensar en una gran variedad de relaciones de interacción y redes que coexistían y planteaban sus demandas sobre los procesos de trabajo locales. Es posible entonces pensar que estas demandas podrían haber estado ligadas a distintos lazos sociales y a distin-

tas formas de autoridad, las cuales a través de sus demandas, podrían haber estado en conflicto.

La relaciones entre la circulación de bienes no locales y los procesos de trabajo deberían ser exploradas en cada caso, a fin de analizar si estos bienes fueron parte de la misma red de interacción o si estuvieron envueltos en redes distintas con demandas particulares que competían con aquellas demandas planteadas por las demás redes. Esto a su vez, podría llevarnos a la identificación de fuerzas contradictorias y tal vez, a la identificación de conflicto social (en cualquiera de sus versiones) y las posibilidades de resistencia, si es que las hubo. De este modo, se plantea un acercamiento de “abajo hacia arriba” (Saitta 1994, Thomas 1993), desde lo cotidiano, desde aquello que construye las redes de dominación – y las resistencias – a través

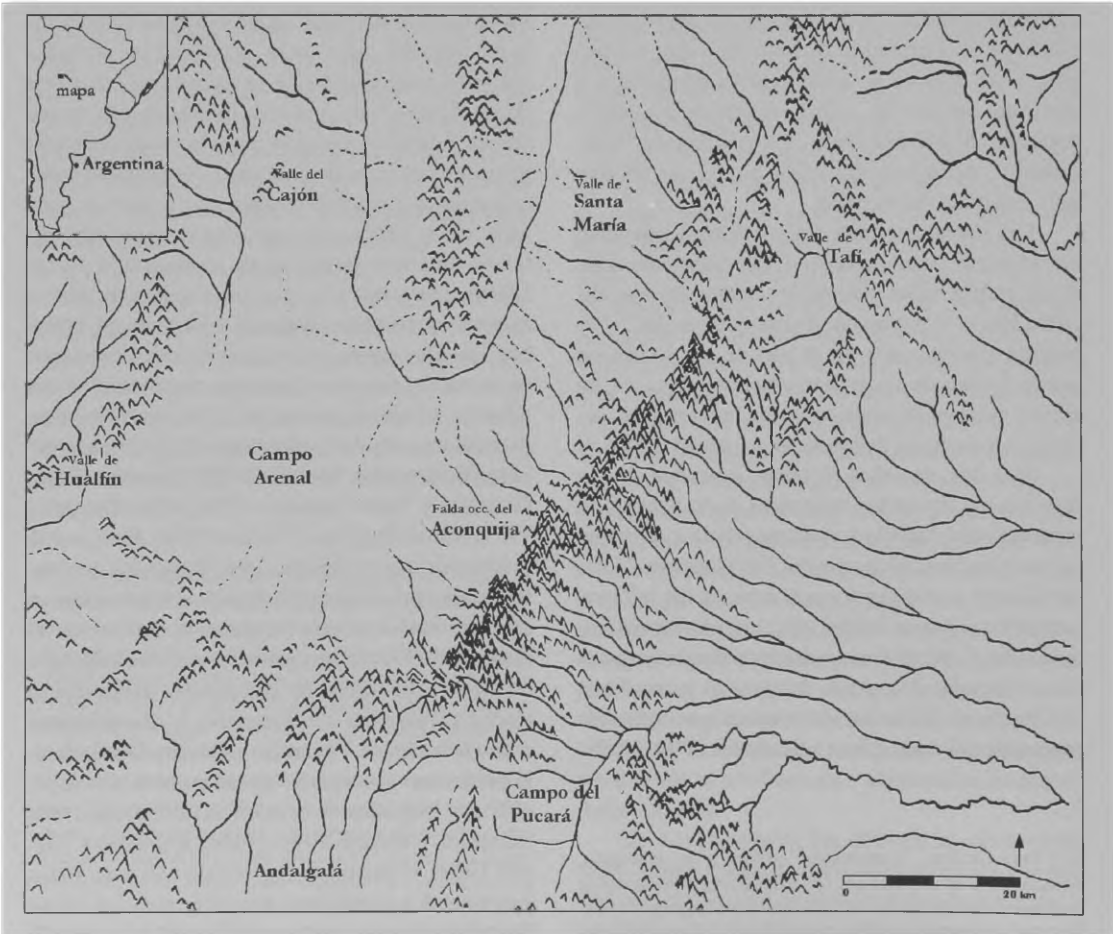


Fig.2 – Falda occidental del Aconquija y áreas aledañas.

de los hábitos y las tareas cotidianas. Así, podríamos obtener una mejor visión de las diferentes formas en que el poder se manifestó, y de esta manera, dar mejor cuenta de las prácticas sociales en el Formativo. Más aún, muchos de estos objetos parecen ser de uso cotidiano, es decir, no serían objetos de prestigio (por ejemplo la obsidiana, Lazzari 1998). Por el sólo hecho de estar involucrados en las actividades cotidianas, aún sin haber merecido un tratamiento especial en las tareas de todos los días o en su confección, estos objetos crearon un mapa de dimensiones espaciales más amplias a las experimentadas inmediatamente, el cual a su vez constituyó una experiencia vivida y aprendida de manera no discursiva, una suerte de ventana a un mundo al cual se pertenecía o del cual se estaba excluido según cómo se participase en las redes de interacción y circulación de objetos.

El intercambio de bienes y servicios no es un mecanismo de regulación homeostática (*contra* Halstead 1989), sino una práctica social que construye un paisaje particular, cuyo mapa y la respectiva posición en el mismo, es aprendido por los miembros de cada sociedad a través de su participación en estas redes de circulación de cultura material, por lo que son el producto a la vez que el medio para la acción social. Tal como el espacio arquitectónico puede constituirse en “libros para ser leídos con el cuerpo” (Bourdieu 1977: 90), el paisaje social construido por medio de los objetos que circulaban y las relaciones sociales que se establecían a través de ellos, era también un “libro” del cual se aprendían valores y roles por medio de la participación en dichas redes y de la inserción de los objetos en los paisajes locales generados por las tareas cotidianas. Así, la constitución de estas redes de circulación, las imágenes espaciales que conformaban, los cambios en las mismas y las demandas laborales que dichas redes planteaban, deberían ser estudiados como campos donde las contradicciones sociales se reflejan y se constituyen en diversas formas de conflicto social, ya sea éste manifiesto o latente. En vez del “Formativo” como parte del origen de “lo andino” podremos encontrar varios Formativos, donde la cohesión y la armonía están lejos de ser la norma, lo que de esta manera permitiría comprender mejor el proceso posterior de complejidad y desigualdad social. Esto no contradice la idea de una racionalidad económica específica relacionada con la geografía y ecología andinas. Tomando esto, y yendo un poco más lejos, se trata

de destacar que la historia es un proceso mucho más fragmentario, en el que la racionalidad económica y sus aplicaciones varían de acuerdo a las estrategias políticas y de identidad. Las sociedades no resuelven primero sus problemas económicos, alcanzan su nivel de autosuficiencia, y después, en el tiempo libre restante, se dedican a los rituales y la reproducción social. Más aún, como hemos visto anteriormente, el trueque o intercambio puramente económico puede alimentar otros intercambios, por ejemplo los ceremoniales, pero también tiene un significado social que le es propio, dado que la aparente igualdad de los socios no es más que aquella planteada por el común acuerdo a intercambiar y esto implica la presencia de una cadena de valores socialmente aceptados y una manera legítima de reproducirlos.

Consideraciones finales

La complementaridad ecológica y la distancia física son dimensiones materiales de significación diversa, aún en el nivel intra-comunitario: ambas plantean más que una relación en la naturaleza, algo externo que es usado y de esta manera, da forma a la vida social. Más precisamente, ambas son mapas del mundo cuyo significado e importancia pudo muy bien haber sido diferente, según distintos grupos o incluso según distintos agentes individuales. Esta dimensión simbólica ya ha sido reconocida (Núñez y Dillehay 1979, Pérez Gollán 1994, Salomon 1985), sin embargo en muchos casos suele quedar limitada al lugar de mera expresión superficial de la distribución de recursos, algo que utiliza un orden dado en la naturaleza para ordenar al mundo social. En la búsqueda por revelar todas las manifestaciones posibles del poder, la naturaleza y la sociedad no pueden ser separadas, sin embargo, las explicaciones no deberían detenerse en las condiciones dadas por el medioambiente o la organización de las actividades de la subsistencia. En ese caso, caeríamos en la trampa de escribir historias cíclicas, donde una sola variable explicativa en creciente escala de influencia y complejidad determinaría el curso de la historia.

Podríamos decir que ni la reciprocidad como norma, ni la distancia física o la complementaridad económica que surge de una particular ecología, organizan todos los aspectos de la vida social. Más bien, las reglas, los recursos y las estrategias pueden tener diferentes historias, al estructurar a la vez

que estar conformadas a través de distintos *habitus*¹² (Bourdieu 1977), y es precisamente a partir de estas historias diferentes que el conflicto puede surgir. Estas historias entrecruzadas, pueden involucrar la reproducción de diferentes valores y auto-ridades, por lo que redes distintas y en competencia son creadas en este proceso. Espacialmente, esto resulta en la construcción de múltiples estructuras espaciales. Redes diferentes, relacionadas con prácticas sociales diferentes y objetos materiales distintos, pueden dar lugar a geografías muy distintas, y en consecuencia, las sociedades raramente pueden ser reducidas a una sola estructura espacial (Gregory 1989). Entender hasta qué punto estas imágenes espaciales en el Formativo fueron el resultado y el medio por el cual se concretaron las relaciones de poder y la resistencia, y para cuáles grupos de interés, depende de reconocer el rol fundamental de la vida cotidiana en la reproducción y el desafío de las relaciones sociales establecidas.

Como hemos visto, explorar el espacio creado de la organización social y la producción puede

ayudar a descubrir las relaciones sociales que están tanto inscriptas en él como constituidas a través de sus formas variadas y producciones (Soja 1997). En consecuencia, cuando hablamos de relaciones que aparecen como estrictamente económicas, tales como la complementaridad entre distintas áreas ecológicas, estamos hablando también de una construcción nuestra. Una distribución espacial del trabajo como tal, pudo haber sido en el pasado tanto un espacio cognitivo como una estructuración material del espacio, y más aún, hasta qué punto ambos estaban relacionados entre sí y con el espacio físico debería ser evaluado antes que asumido.

Agradecimientos

A los organizadores del I Encuentro de Teoría Arqueológica en Sudamérica, Dr. Pedro P. Funari y Eduardo Neves, por su gentileza y hospitalidad y a todos los participantes del mismo, por el rico debate e intercambio de ideas que propiciaron.

(12) "Habitus" es un concepto que Bourdieu (1977:86) ha definido como "...a subjective but not individual system of internalized structures, schemes of perception, conception, and action, common to all members of the same group or class and constituting the precondition for all objectification and apperception..." Más adelante agrega (p. 95):.. "Because the habitus is an endless capacity to engender products, thoughts, perceptions, expressions, actions – whose limits are set by the historically and socially situated conditions of its production, the conditioned and conditional freedom it secures is as remote from a creation of unpredictable novelty as it is from a simple mechanical reproduction of the initial conditionings."

Bibliografía

- ALBECK, M.E. (Ed.)
1994 *Taller "De Costa a Selva". Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Instituto Interdisciplinario Tilcara, FFyL, UBA.
- APPADURAI, A.
1991 Introducción: las mercancías y la política del valor. A. Appadurai (Ed.) *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*. Cambridge, Cambridge University Press: 17-87.
[1986]
- ASCHERO, C.
1979 Un asentamiento acerámico en la Quebrada de Inca Cueva (Jujuy). Informe preliminar sobre el sitio ICC4. *Actas de las Jornadas de Arqueología del NOA*. Universidad del Salvador, Buenos Aires: 62-71.
- ASCHERO, C.; YACOBACCIO, H.D.
1994 20 años después: Inca Cueva 7 revisitado. *Actas y Memorias del XI Congreso de Arqueología. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, Mendoza, XIII (1/4): 116-119.
- BARRETT, J.
1989 Food, gender and metal: questions of social reproduction. M.L.S. Sørensen; R. Thomas (Eds.) *The Bronze Age-Iron Age transition in Europe. Aspects of continuity and change in European societies ca. 1200 to 500 B.C.* Oxford, British Archaeological Reports: 304-320.
- BATTAGLIA, D.
1990 *On the bones of the serpent. Person, memory and mortality in Sabarl Island Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
1994 Retaining reality: some practical problems with objects as property. *Man*, 29: 631-644.
- BERBERIÁN, E.; NIELSEN, A.
1988 Sistemas de asentamiento prehispánico en la etapa Formativa del valle de Tafí (Pcia. de Tucumán, República Argentina). E. Berberíán; A. Nielsen; E.A. de Dorsch; B. Bixio; J. Salazar; E. Pillado (Eds.) *Sistemas de asentamiento prehispánico en el Valle de Tafí*. Córdoba: 21-53.
- BERENGUER R., J.; DAUELSBERG H., P.
1993 El Norte grande en la órbita de Tiwanaku (400 a 1200 d.C.). J. Hidalgo L.; V. Schiappacasse F.; H. Niemeyer F.; C. Aldunate del S.; I. Solimano R. (Eds.) *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello: 129-180.
- BOURDIEU, P.
1994 *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris, Seuil.
1997 *Outline of a theory of practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
[1977]
- BROWMAN, D.L.
1980 Tiwanaku expansion and altiplano economic patterns. *Estudios Arqueológicos*, 5: 107-120.
1984 Prehispanic Aymara expansion, the southern altiplano and San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, 7: 236-252.
- CREMONTE, B.
1996 *Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de la Ciénaga (Depto. de Tafí, Tucumán)*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy. Ms.
- DILLEHAY, T.; NUÑEZ, L.
1988 Camelids, caravans, and complex societies in South-Central Andes. N. Saunders; O. de Montmollin (Eds.) *Recent studies in Pre-columbian archaeology*. BAR International Series 421 (ii): 603-634.
- FERNÁNDEZ DÍSTEL, A.
1974 Excavaciones arqueológicas en la Cueva de Huachichocana. Departamento Tumbaya, Pcia. de Jujuy. *Relaciones de la Sociedad argentina de Antropología*. Nueva Serie, VIII (1): 101-127.
- GAMBLE, C.
1993 Exchange, foraging and local hominid networks. C. Scarre; F. Healy (Eds.) *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*. Oxford, Oxbow monograph 33. Oxbow Books: 35-44.
- GELL, A.
1992 Inter-tribal commodity barter and reproductive gift-exchange in old Melanesia. C. Humphrey; S. Hugh-Jones (Eds.) *Barter, exchange and value. An anthropological approach*. Cambridge, Cambridge University Press: 143-168.
- GERO, J.; SCATTOLIN, C.
1994 Hacia la comprensión de la jerarquización: un estudio desde Yutopían, Valle del Cajón. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. San Rafael, Mendoza. En prensa.
1995 Household production as glue: insights from the Early Formative of Northwest Argentina. Trabajo presentado en el simposio "Reexamining Theoretical and Methodological approaches to production and specialization: where do we go from here?" Society for American Archaeology 60th Annual Meeting, Minneapolis, Minnesota. Ms.
- GIDDENS, A.
1979 *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis*. London: Macmillan Press.
1984 *A contemporary critique of historical materialism*. London: Macmillan Press.
- GODELIER, M.
1977 *Perspectives in Marxist Anthropology*. Cambridge, Cambridge University Press.
1981 *Instituciones económicas*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- GOLTE, J.
1980 *La racionalidad en la organización andina*. Lima: IEP.
- GONZÁLEZ, A.R.
1975 Pre-columbian Metallurgy of NW Argentina: Historical Sequence and Cultural Process. *Metallurgy of Central and South America*.

- Conference, Dunbarton Oaks. Washington 18-19 de Octubre.
- GONZÁLEZ, A. R.; BALDINI, M.
1989 Vaquerías: la más antigua alfarería policroma del noroeste argentino. *Más allá del objeto Artinf*. Edición 78-79, Año 14.
- GONZÁLEZ, A. R.; NÚÑEZ REGUEIRO, V. A.
1960 Preliminary report on Archaeological Research in Tafí del Valle, NW Argentina. *Akten des 34 C.I.A.*: 485- 496.
- GREGORY, C.
1982 *Gifts and commodities*. London: Academic Press.
- GREGORY, D.
1989 Presences and absences: time-space relations and structuration theory. D. Held; J.B. Thompson (Eds.) *Social theory of modern societies. Anthony Giddens and his critics*. Cambridge, Cambridge University Press: 185-214.
- HALSTEAD, P.
1989 The Economy has a normal surplus. P. Halstead; J.M. O'Shea (Eds.) *Bad year Economics: Cultural responses to risk and uncertainty*. Cambridge, Cambridge University Press: 68-80.
- HELMS, M.
1988 *Ulysses' sail. An ethnographic odyssey of power, knowledge and geographical distance*. New Jersey: Princeton University Press.
- HUMPHREY, C.; HUGH-JONES, S. (Eds.)
1992 *Barter, exchange and value. An anthropological approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KORSTANJE, A.
1995 Nuevas reflexiones en torno a Vaquerías: un estilo cerámico polémico. *Cuadernos Nº5*, FHYCS, UNJU, Jujuy, Argentina: 169-179.
- LAZZARI, M.
1997 *Silent spheres: on exchanges and spatialities*. Tesis de Master, Departamento de Arqueología, Universidad de Southampton, Gran Bretaña. Ms.
1998 La economía más allá de la subsistencia: intercambio y producción lítica en el Aconquija. *Arqueología*, 7: 9-50.
- LIEP, J.
1990 Gift exchange and the construction of identity. J. Siikala (Ed.) *Culture and History in the Pacific*. Helsinki, The Finnish Anthropological Society: 164-181.
- MAUSS, M.
1990 *The Gift. The form and reason for exchange in archaic societies*. London: Routledge. [1925]
- MILLER, D.; TILLEY, C.
1984 Ideology, power and prehistory: an introduction. D. Miller; C. Tilley (Eds.) *Ideology, power and prehistory*. Cambridge, Cambridge University Press: 1-15.
- MUNN, N.D.
1990 Constructing regional worlds in experience: Kula exchange, witchcraft and Gawan local events. *Man*, 25: 1-17.
- 1992 *The Fame of Gawa. A symbolic study of value transformation in a Massim (Papua New Guinea) society*. Durham and London: Duke University Press.
- MUÑOZ, O. I.
1993 El período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). J. Hidalgo L.; V. Schiappacasse F.; H. Niemeyer F.; C. Aldunate del S.; I. Solimano R. (Eds.) *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello: 107-128.
- MURRA, J.
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- NÚÑEZ, L. A.; DILLEHAY, T.D.
1979 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica* (ensayo). Edición numerada: 22. Universidad del Norte, Chile.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V.
1971 La Cultura Alamito de la Subárea Valliserrana del N.O. argentino. *Journal de la Societé des Américanistes*, LX: 7-65.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, Universidad de Córdoba, 5: 169-190.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V.; TARTUSI, M.
1993 Los centros ceremoniales del N.O.A. *Publicaciones 5*, Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán: 1-49.
- OLIVERA, D.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo formativo en el Noroeste Argentino. *Precirculados del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Buenos Aires: 83-101.
- PÉREZ GOLLÁN, J.A.
1994 El proceso de integración en el Valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacama*, año 1, Nº 1. Dirección de Antropología de Catamarca, S.F del V. de Catamarca: 33-41.
- QUIROGA, L.
1995 *El contacto Hispano-indígena en Yocavil*. Tesis de Licenciatura. UBA. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Ms.
- RAFFINO, R.
1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (Provincia de Salta; Argentina). *Obra Homenaje al Centenario del Museo de La Plata*, Sección Antropología, Tomo II, La Plata: 253-299.
1991 *Las poblaciones indígenas en Argentina*. Buenos Aires: Editorial TEA.
- ROSEBERRY, W.
1988 Political economy. *Annual Review of Anthropology*, 17: 161-85.
- SAITTA, D.
1994 Agency, class and interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 13: 201-227.

SALOMON, F.

- 1985 The dynamic potential of the complementarity concept. S. Masuda; M. Shimada; C. Morris (Eds.) *Andean ecology and civilization*. Tokio, University of Tokio Press: 511-531.

SCATTOLIN, M.C.

- 1990 Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija: el sitio Loma Alta (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina*, Lima, V (17): 85-100.

SCATTOLIN, M. C.; KORSTANJE, M.A.

- 1994 Tránsito y frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología*, 4: 165-197.

SOJA, E.

- 1989 The spatiality of social life: towards a transformative retheorisation. D. Gregory; J. Urry (Eds.) *Social relations and spatial structures*. London, Macmillan: 90-127.
- 1997 The socio-spatial dialectic. T. Barnes; D. Gregory (Eds.) *Reading Human Geography. The poetics and politics of Inquiry*. London, Arnold: 244-255.

STRATHERN, M.

- 1992 Qualified value: the perspective of gift exchange. C. Humphrey; S. Hugh-Jones (Eds.) *Barter, exchange and value. An anthropological approach*. Cambridge, Cambridge University Press: 169-191.

TAÇON, P.S.C.

- 1991 The power of stone: symbolic aspects of stone use and tool development in western Arnhem Land, Australia. *Antiquity*, 65: 195-207.

TARRAGÓ, M.N.

- 1993 *Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los Oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños en especial, el sector septentrional del Valle Calchaquí*. Tesis Doctoral. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Ms.
- 1994 Intercambio entre Atacama y el borde de Puna. M.T. Albeck (Ed.) *Taller "De Costa a Selva". Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Instituto Interdisciplinario de Tilcara. Universidad de Buenos Aires, Argentina: 199-213.

THOMAS, J.

- 1993 Discourse, totalization and "The Neolithic" C. Tilley (Ed.) *Interpretative Archaeology*. Oxford, Berg: 357-394.

VAN BUREN, M.

- 1996 Rethinking the vertical archipelago. Ethnicity, exchange and history in the South Central Andes. *American Anthropologist*, 98 (2): 338-351.

VENTURA, B.

- 1991 Síntesis de las investigaciones arqueológicas en el sector norte de las selvas occidentales. *Arqueología*, 1: 51-73.

WEINER, A.

- 1992 *Inalienable possessions. The paradox of keeping-while-giving*. Berkeley: University of California Press.